

JOSELUIS ROCA

El viacrucis de la pobreza en España

Viaje a los lugares inspeccionados y denunciados por el relator de la ONU

COSAS DE LA VIDA ▶ 28 a 31 y editorial



Un indigente en la barriada más pobre de Madrid, la Cañada Real, el lunes pasado.



Colectivos vulnerables olvidados (1)

La ruta de la pobreza

Viaje por los barrios y pueblos que visitó el relator de la ONU

El experto afirma en su informe que el PP gobernó solo para los ricos

ELISENDA COLELL
 BARCELONA

Veinte páginas de terrible vergüenza. Esta podría ser la principal conclusión del informe que confeccionó Philip Alston, relator de la ONU sobre extrema pobreza, tras su paso por España a principios de febrero. El experto australiano, especialista en derechos humanos, recorrió ese país que no sale en las guías turísticas. «Visité zonas que muchos españoles no reconocerían como parte de su país. Barrios con condiciones mucho peores que un campo de refugiados, sin agua corriente, electricidad ni saneamiento durante años», detalla en su análisis. Una visita que él mismo resolvió en un titular: «España ha salido de la crisis gobernando para los ricos y abandonando a los pobres». Desde el 2014, el relator ha recorrido Chile, Rumanía, Mauritania, China, Arabia Saudí, EEUU, Reino Unido, Ghana, Laos y Malasia. A principios del 2019 decidió que su último viaje mientras ocupaba el cargo lo haría por España. Ha estado un año entero recogiendo estadísticas, consciente de que necesitaba también un baño de realidad. El experto visitó seis autonomías y varios pueblos. Pisó chabolas, aldeas y barrios deprimidos, que ahora recorren EL PERIÓDICO y otros tres diarios del grupo Prensa Ibérica. El 7 de febrero, Alston emitió su veredicto. Las políticas sociales en este país están «quebradas» y son «ineficientes», la pobreza no ha hecho más que aumentar y todo ello ha sucedido «con el beneplácito de los gobernantes», sería el breve resumen de su experiencia. El texto apun-

ta directamente a las iniciativas del PP durante los dos mandatos de Mariano Rajoy. Alston esperaba encontrar un país donde el apoyo familiar resiste a la exclusión. «La España de hoy necesita mirarse bien de cerca al espejo. La imagen de una sociedad familiar arraigada se ha fracturado. Las redes familiares que habían sido históricamente importantes han sido socavadas para la mayoría. Hoy, España está en el fondo de la UE en demasiados indicadores sociales», subraya.

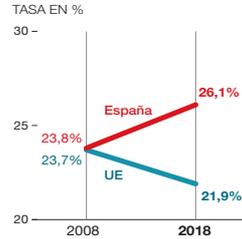
Los datos que aporta el informe son escalofriantes: la España poscrisis registra más pobreza y exclusión, más paro y más abandono escolar, mientras que los ricos cada vez tienen más dinero y pagan menos impuestos. ¿Hay alguien al mando? «El Gobierno de coalición es bienvenido, pero es hora de abandonar la retórica», expone.

SERVICIOS «QUEBRADOS» // Las conclusiones del relator apuntan en varias direcciones. Habla de unos servicios sociales «colapsados por la burocracia» y de unas ayudas sociales insuficientes, y critica que en la España rural los residentes sufran la falta de servicios de todo tipo. La segregación escolar acapara gran parte del informe, en el que relata la injusticia de que haya familias que no puedan pagar los libros de texto de sus hijos. El sistema sanitario, uno de los mejor valorados, también recibe un bofetón cuando el relator menciona la pobreza farmacéutica y una privatización de servicios públicos sobre la que el propio ministerio «no pudo decir cuánto se había privatizado y ni qué impacto había tenido». Como colec-

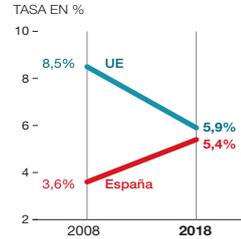
RECORRIDO DEL RELATOR DE LA ONU EN SU VISITA A ESPAÑA



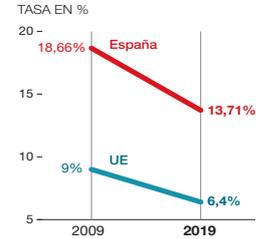
Riesgo de pobreza



Carencia material severa



Paro



Paro juvenil



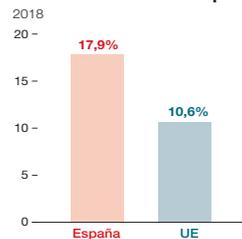
Tasa de desigualdad



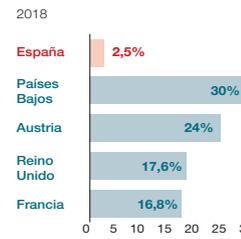
Protección social



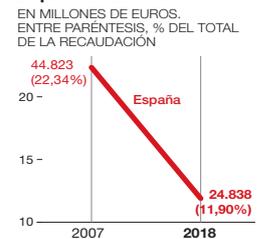
Abandono escolar temprano



Tasa de vivienda social



Impuesto de sucesiones



Fuente: Eurostat / INE / Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la ONU / elaboración propia

tivos más vulnerables. Alston señala a las mujeres, especialmente a aquellas que han sufrido violencia machista y las que se dedican al trabajo doméstico. También dedica un espacio importante a los inmigrantes, «excluidos de cualquier ayuda», y a las personas de etnia romaní, grupos donde las tasas de pobreza se disparan. «Los gobernantes admiten que la situación es grave, pero me llamó la atención la falta de urgencia y la resignación con la que aceptaron que partes enteras de la población hayan sido relegadas a un estado de tercera clase».

FALTA VIVIENDA ASEQUIBLE // Uno de los apartados más extensos del informe se dedica al problema de la vivienda. «En España no hay casas baratas», concluye tras señalar la especulación inmobiliaria, el ingente número de desahucios y el aumento del 50% del precio del alquiler. También denuncia el drama que supone que «las familias tengan que decidir si comen o si ponen la calefacción». Por no

«Hay barrios peor que **campos de refugiados**, sin luz, agua corriente, saneamiento ni servicios sanitarios»

«La España de hoy debe mirarse al espejo. **La imagen de sociedad familiar** arraigada se ha fracturado»

hablar del problema de las personas sin hogar, la dificultad para empadronarse y el hecho de que los gobernantes, sobre todo de las comunidades autónomas, «no están afrontando» el problema.

La solución que plantea el relator es acabar con el fraude fiscal, que el propio Gobierno no le supo cuantificar. Aboga también por poner fin a las deducciones de impuestos de las rentas altas. Y aconseja abordar de forma urgente el tema de la vivienda. El plan nacional prevé construir 20.000 viviendas de protección social en cuatro años, pero el relator apuesta por regular los precios de los alquileres. Señala asimismo que la ley catalana contra la pobreza energética es «un paso en la buena dirección» y afirma que el Estado debería establecer una renta mínima para toda la población. ≡



JOA MATEU PARRAN

►► **La Barcelona chabolista** ► Mohamed, un joven senegalés que malvive en uno de los 500 asentamientos que hay en la ciudad.

Cuando no tienes ni luz

Dos madres solas y en paro relatan las dificultades que tienen para pagar la vivienda y los suministros básicos en BCN ≡ **Mohamed sobrevive** en una chabola entre escombros

|| E. C. BARCELONA

Es de noche, los niños cenan, pero no hay ninguna luz encendida. Solo el televisor. «**En casa nos alumbramos con la tele, así ahorramos unos euros de luz**». Una imagen que habla por mil palabras y que cuenta la historia de Ester, una mujer sola, madre de dos gemelos, que tras quedarse en paro hace más de cinco años ha «**reducido los gastos al mínimo**» para poder seguir pagando la hipoteca. «**No podía permitirme que nos desalojaran**», expone.

Recortar gastos también la ha llevado a dejar de usar la calefacción en casa. «**Vamos siempre con mantas y tengo suerte de que mis hijos son calurosos**», dice con una sonrisa nerviosa. El termostato no funciona. «**Ha pensado en arreglarlo? ¿Y cómo pago la hipoteca? Prefiero que esté estropeado, así nos ahorramos dinero**», responde.

Paloma, en cambio, tras quedarse en paro, no pudo aguantar el precio de la vivienda y si afrontó un desahucio. «**Me subieron el alquiler, me quedé sin empleo y no tenía dinero para pagar**». Recuerda la «agonía» de las órde-

nes judiciales. Una realidad que, en los últimos 13 años han tenido que afrontar más de 71.000 familias en España. «**Tengo suerte de que, al ser madre sola, pude acceder a un piso de alquiler social y no nos quedamos en la calle**», expone. Aunque la calefacción y la luz también son un «**lujo**» para ella. Incluso la comida. «**A veces compramos salmón, pero normalmente mis hijos comen pescado gracias a las latas de conserva**», relata.

Barrios deprimidos

Una vive en el Carmel; la otra, en Sant Martí. Ambas coincidieron en la reunión con el relator de la ONU para exponerle la situación en Catalunya. Ambas residen en dos de los barrios más deprimidos de Barcelona. Y ambas comparten otra realidad: la de ser madres solas. Este es, de hecho, uno de los colectivos que registra mayor tasa de pobreza en Catalunya.

«**El problema es que no podemos aceptar muchos trabajos**», explican. El motivo: ¿quién se hará cargo de los niños y quién los irá a buscar a la escuela? «**Yo no tengo a nadie que me pueda ayudar y con una canguro nos arrui-**

«**En casa nos alumbramos con la televisión, así ahorramos unos euros**», cuenta Ester

«**La gente que pincha el cable eléctrico se está jugando la vida**», advierte Rafael

«**En casa nos alumbramos con la televisión, así ahorramos unos euros**», relata Paloma. Ester ya no sueña en volver al mundo de los teleoperadores, pero es que no ha podido optar tampoco a cajera de supermercado. «**Con ese horario era imposible**», expone. Su lucha diaria es la de pagar las facturas de la luz, los libros de los niños, las extraescolares y los «casals» de verano para que sus hijos tengan las mismas oportunidades que los demás.

Rafael, en cambio, no tuvo opción a mucho. Su drogadicción lo empujó a pasar 13 años viviendo a la intemperie en Barcelona. «**Yo tendría que estar muerto, no sé cómo he aguanta-**

do tantos años», señala. Su hogar eran las calles, los parking y, cuando tuvo suerte, las casas okupas. «**La gente que pincha la corriente se está jugando la vida**», explica. Son ya demasiadas las viviendas del área metropolitana cuyo cuarto de contadores esconde pinzas de madera para conectar cables de la luz y así no tener que pagar la electricidad. Un riesgo latente que, de momento, ninguna administración sabe muy bien cómo abordar.

Otra realidad, bastante más insalubre, es la que viven más de 885 personas, de las cuales 200 son niños, en la Barcelona chabolista. Algunas pinchan la luz en las naves que ocupan. Otras no tienen ni eso. Es el caso de Mohamed, un joven senegalés que desde el pasado verano malvive en un asentamiento de la calle de Tànger, en el barrio del Poblenou. Allí no hay luz, no hay agua, pero hay vida. Una vida precaria, infame, llena de miseria y escombros. «**No se lo deseo ni a mi peor enemigo**», afirma. A la hora de cenar, no hay tiempo que perder. Coge la bicicleta y una reconocible mochila amarilla. «**A trabajar**». ≡

Colectivos vulnerables olvidados (1)

Yonquis, basura y versos

Obreros en situación precaria e inmigrantes tratan de salir adelante como pueden junto a narcos y drogodependientes en la Cañada Real, el suburbio más pobre de Madrid

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ
MADRID

A las seis de la tarde se anima el Sector VI de la Cañada Real Galiana como si se tratara, antaño, del paseo de una capital de provincia, solo que en vez de carruajes vienen coches de drogadictos en busca de dosis, las *kundas*, y en vez de recrujir de almidón visten los paseantes chándales y anoraks sudados.

Cada tarde, un escape de agua convierte la calle en rambra, ocultando enormes baches capaces de frenar a un furgón policial si le da por correr. Los

flancos, que no aceras, se alumbran con hogueras prendidas en barriles metálicos, y tras cada fuego, a cinco euros el pellizco, narcos gitanos venden la heroína, la cocaína y la *cruda* (mezcla de ambas sin refino) para fumar.

Pero este tramo de la Cañada Real madrileña no es el que visitó el relator de la ONU. No viven aquí los más pobres: algunos camellos aparcan su Audi a la puerta de la chabola, cuidada por *machacas* que hacen recados por un pico. Philip Alston acudió a otros sectores desoladores del poblado, como El Gallinero, donde se ha-

nan los rumanos que dispersa en Madrid el furgón de la mendicidad organizada; no fue a este rincón infernal, un cerro de escombros y plásticos voladores junto al vertedero de Valdemingómez.

La sabiduría del residente

Hay tres barrios en una sola cañada verdadera. Además del S-VI, uno que se empezó a edificar en los años 40 con chabolistas españoles aún en espera de papeles para sus parcelas, y otro en el que albañiles marroquíes han plantado pequeños cortijos con sus manos y material sobran-

Los vecinos tratan de conseguir que Correos se instale en un poblado sin farmacia ni autobús

te de las obras; conocen el oficio. En 14 kilómetros de cañada, 107 hectáreas de poblado, 7.000 españoles e inmigrantes de cuatro nacionalidades tratan de flo- tar, muchos a base de dignidad, en un océano de escombros salpicado de islas de basura que, cuando entran en combustión, emiten un humo negro.

«No sé cuál es el horario del centro sociocomunitario, lo que sí sé es dónde hay coca mala y dónde coca buena», bromea Carlos, el lotero de la Cañada, sin administración ni premio alguno en su haber, solo su sabiduría de veterano ludópata.

El centro-renacimiento de sus cenizas, pues ardió por un chispazo del enganche a un poste eléctrico—es hoy un complejo de chapa y madera en el que se reúnen las mujeres, debaten los vecinos, aconseja la Cruz Roja y ensaya una pequeña orquesta infantil.

Por sus alrededores, madres con hiyab pastorean niños del

JOSÉ LUIS ROCA



Numerosas chabolas junto al vertedero de Valdemingómez, el mayor de Madrid.



Un anciano rumano rebusca entre la basura dispersa en la Cañada Real.

El éxodo del mundo rural

Monfero suma el envejecimiento y la despoblación a la falta de oportunidades y servicios ≡ **En solo 20 años**, el municipio coruñés ha pasado de 3.587 a 1.932 vecinos

ENRIQUE CARBALLO
MONFERO

Envejecimiento, despoblación, ausencia de oportunidades laborales y falta de servicios agravada por la dispersión de la población. Estos son algunos de los problemas interconectados que detectan en su entorno los vecinos del municipio rural de Monfero, en A Coruña, y que le transmitieron a Philip Alston —el relator sobre extrema pobreza y derechos hu-

manos de la ONU que recaló en España semanas atrás— en su visita al municipio el 28 de enero.

En 1981, Monfero tenía 3.587 habitantes. El año pasado, la cifra había disminuido a 1.932, según el Instituto Galego de Estadística (IGE). En el 2018 hubo siete nacimientos y 46 fallecimientos. Un total de 666 vecinos, el 34,5%, tienen 65 años o más. Según la trabajadora social del Ayuntamiento de Monfero,

María del Carmen Sieiro, presente en la reunión con Alston, esto genera riesgo de exclusión social. «Cada vez hay más personas mayores cuya familia se desplazó a las ciudades para buscar trabajo y que se han quedado solas», señala.

Esto genera un «aislamiento social»: mayores que apenas salen de casa o ven a otras personas con dificultades para acceder a los servicios. Si tienen fami-

Los más mayores apenas salen de su hogar y las mujeres asumen los cuidados de forma sistemática

las, las mujeres asumen sistemáticamente las labores de cuidado. El presidente de la Asociación de Nais e Pais (Anpa) del colegio Virxe da Cela, Jorge Pena, que también acudió a la reunión, demanda una mejor asistencia sanitaria para los mayores, a lo que Sieiro añade servicios de atención a la dependencia y dinamización rural.

Dispersión poblacional

El Virxe da Cela es el único centro educativo de Monfero y da servicio a alumnos del vecino municipio de Irixoa. Da infantil, primaria y secundaria, pero para cursar bachillerato los jóvenes tienen que ir a otras localidades. La dispersión poblacional, según la jefa de estudios de secundaria, Rosalía Regueiro, también presente en el encuentro con Alston, es lo

cercano colegio público Mario Benediti de vuelta a casa para comer una dieta de verduras de mercadillo, huevos y pollo; no hay pescado o ternera en el menú, y sí mucho dulce industrial; «bollo» lo llama Abdelaziz, vecino y paleta en paro. Viven allí unos 3.000 niños. En los patios de los coles de Rivas, Vallecas y Vicálvaro pesa el estigma de ser de la Cañada. El 40% son gitanos, y muchos, futuros adultos de provecho, pues el Secretariado Gitano salva a los que puede del abandono escolar y la baja autoestima.

A falta de árboles, los vecinos más en pie han llenado de colores las tapias. Los ayudaron los grafiteros de Boa Mistura. Por kilómetros de calle desfilan escritos los versos de la canción *El alma no tiene color*, de Antonio Carmona: «Yo soy de carne/ no soy de hierro/ soy corazón...» Ahora, el poblado anda empeñado en «conseguir que venga Cooreos», cuenta Cristina Cañada,

vecina de la asociación Al Shohok. Sería un triunfo en un barrio sin bus y a kilómetros de la farmacia más cercana.

Fruto de una indigencia

«La Cañada Real es el fruto de una indigencia, el resultado de mirar para otro lado durante décadas», afirma Agustín Rodríguez, párroco de Santo Domingo de la Calzada, un templo del Sector VI rodeado de tiendas de campaña en las que dormitan los yonquis. El cura resume el contraste del barrio: «Esta situación irregular tiene su parte de luz, porque toda situación irregular puede mostrarnos capacidades asombrosas del ser humano».

Entre otras, la generosidad con que Mohamed, de 72 años, 30 en la Cañada, acogió a su paisano Abdelaziz, de 34, cuando este perdió la casa en el terremoto de Alhucemas, en el 2004. «Aquí todo bien, como hermanos», dice el viejo. Cualquiera ve-

Camellos con un Audi a la puerta de la chabola venden coca y heroína a cinco euros el pellizco

Entre españoles y foráneos de cuatro nacionalidades, 7.000 personas viven en 14 kilómetros

cino dirá que «todo bien» con tal de no atraer a la excavadora a su chabola. Un pacto de realojo del 2018 entre autonomía y ayuntamiento está aún por cumplir.

La renta mínima de inserción (RMI) –«la remi» llaman los vecinos a sus 400 euros– llueve ahí tan escasamente que la gitana placentina Dolores Martín, de 18 años y madre de un bebé de mirada enorme, relata: «De la cuenta para comida voy quitando un dinerillo y lo echo en un bote para la leche del niño». El Almirón para una semana le cuesta 18,50 euros y no le llega con la pensión de la abuela.

Pero hay quien se conforma. Un viejo rumano llega hasta un montón de basura con un carrito atado a una bicicleta. Rebusca entre las cajas, junto a una foga. De una bolsa que lleva detrás, de esas reciclables de hipermercado, sobresale la pezuña de un hueso de jamón. «Aquí se come; en Rumanía, no», comenta.

En el cerro del Sector VI, un

barracón pegado a la iglesia alberga un «centro de reducción de daños» de la Comunidad de Madrid para los adictos a la droga. «Ahí se trata a los que ya nunca la dejarán», relata Teresa, monja carmelita vedruna, de la orden que nació en Vic, y que con Zulema, hija de la Caridad, e Isabel, de la Compañía de María (en Catalunya, Lestonnac), cada día dan café, yogur, conversación y la posibilidad de una ducha a los drogadictos de alrededor del templo. Los llaman «los vecinos», nunca yonquis.

Con las piernas flojas por la benzodiazepina, algunos drogodependientes se acercan a una camioneta de la sanidad madrileña, donde los enfermeros les dan jeringuillas limpias y medicación. Al lado, el voluntario de la oenegé Madrid Positivo Steven Bany criaba enfermos de sida y hepatitis. Impasible, resume el ciclo de la droga en la Cañada: «Aquí la gente viene, se establece y muere.»

JOSÉ LUIS ROCA



VÍCTOR ECHAVE



Niños de Monfero se disponen a subir a los autocares escolares a la salida de clase.

que «más afecta» a los alumnos. Monfero tiene 171 kilómetros cuadrados y sus vecinos se distribuyen en decenas de pequeñas aldeas y núcleos. Tras la jornada lectiva, a algunos alumnos les esperan 45 minutos de autobuses antes de llegar a sus hogares.

Hay núcleos con solo una familia con hijos menores, por lo que «la sociabilidad de estos niños es el colegio», señala Regueiro. La situación se agrava, afirma Sieiro, por la «falta de transporte público». Desde el colegio intentan suplir la «escasez de oportunidades de ocio y de actividades», pero Pena señala que los niños tienen que desplazarse «10 o 15 kilómetros para cursar informática o inglés».

En el último año con datos del municipio, el 2016, el PIB por habitante en Monfero fue de 16.954

euros, el 70,7% de la media nacional. «Cualquier persona que vaya a vivir al mundo rural tiene que aceptar que su renta va a bajar», afirma Pena. Sin embargo, apenas hay pobreza extrema. Sieiro, que tiene experiencia trabajando en ciudades, señala que en Monfero hay «muy pocas personas que pidan prestaciones de supervivencia». Muchas familias cuentan con parientes mayores que tienen pensiones, casas en propiedad y tierras donde cultivar.

Pesimismo generalizado

La demanda de trabajo se centra en los cuidados, el sector forestal y los servicios, según la orientadora laboral del Ayuntamiento de Irixoa, Úrsula de la Torre, que atiende a los vecinos de Monfero y de otros municipios sin servicio propio. En el 2019 había 57

Tras la jornada lectiva, a algunos alumnos les esperan 45 minutos de bus para llegar a casa

«No pedimos ayudas como cuidados paliativos, sino los mismos derechos que todo el mundo»

desempleados en Monfero, y las personas con más dificultades de inserción son jóvenes sin formación, parados de larga duración y mayores de 45 años. Sieiro considera que en esta franja de edad hay personas con poca formación, y con experiencia, en el caso de las mujeres en atención sociosanitaria, y en el de los hombres, en construcción y agricultura. En general, afirma, hay pesimismo: no creen que haya salidas laborales en su entorno.

Una percepción que comparan los más jóvenes, afirma Regueiro, cuando los profesores les orientan hacia una carrera o un ciclo formativo. «Se dan cuenta de que para todas esas opciones tendrían que ir fuera, y que el mundo laboral que les espera no está aquí». Conseguir que se puedan quedar, señala Reguei-

ro, «solo puede hacerse bajo el paraguas de la Administración».

Pena, economista de profesión, cree que es necesario adaptar la normativa a la realidad del campo, rebajando la cuota de autónomos o las condiciones técnicas necesarias para realizar proyectos de emprendeduría en suelo rural. «No pedimos ayudas como cuidados paliativos –afirma–, sino los mismos derechos y oportunidades que tiene todo el mundo: educación, sanidad y justicia».

Otro problema es el acceso a la tecnología. La cobertura telefónica «es nula», señala Regueiro. Se precisa internet para trámites administrativos o buscar trabajo, pero muchas personas tienen dificultades para acceder a un punto desde el que conectarse o, como les pasa a los mayores, no saben cómo hacerlo. ≡